

“Weight and Wisdom”

Heinz Egger

La risa enmudeció. Las cuatro traductoras de México y de Brasil han viajado de regreso a su patria después de una estancia de cuatro semanas en la Casa de Traductores. Pasaron un buen tiempo juntas. Y entre ellas se hallaba la milésima traductora que estuvo trabajando en Looren, en el pueblo de Wernetshausen, arriba de Hinwil. Claudia Cabrera viene de la Ciudad de México. Es la tercera vez que reside en Looren. Esto amerita una pequeña fiesta con brindis, un pequeño regalo –por supuesto, un libro–, flores y una cena conjunta en la que se sirve raclette. Todos los huéspedes de la casa han sido invitados en su honor.

Y está orgullosa, no por ser la traductora número mil, eso fue simplemente una feliz casualidad, sino porque aquí pudo terminar de traducir su gordo libro. Gracias a las “Becas Looren para traductores latinoamericanos” pasa un mes en Looren junto con otras tres traductoras de América Latina. Antes no se conocían personalmente. Se la pasaron bien. Con frecuencia se sentaban juntas en la gran sala, en los cómodos sillones junto al ventanal, y traducían. Seguramente disfrutaron la grandiosa vista hacia el valle, con el Lago de Zürich resplandeciendo a lo lejos allá abajo. Claro, dicen, a veces se interrumpían para buscar la expresión adecuada o para preguntar una palabra. Pero a pesar de ello avanzaron mucho en sus traducciones. Naturalmente también hicieron mucho en sus cuartos. Ahí hay silencio. Junto a su cama y armario hay un escritorio con conexión a internet y un teléfono.

En total hay diez cuartos para huéspedes. Dos de ellos son cuartos dobles. Aunque sólo pueden vivir en ellos dos personas que traduzcan, ambas. Los obstáculos para alojarse en Looren son altos. Cada huésped debe presentar un contrato de publicación con una editorial. Si además ha de recibir un apoyo financiero, entonces también debe tener una licencia para la traducción. Es decir, un documento que demuestra que alguien compro los derechos para la traducción. Looren está habitada a toda su capacidad. Los huéspedes se quedan entre una y doce semanas. La mayoría está un mes. Las y los traductores vienen de los más diversos países entre Escandinavia y África, y entre Japón y América. Tan sólo de Australia no ha venido nunca nadie. En un mapa que hay en la pared de la escalera alfileres de colores señalan los países de origen de los huéspedes.

En la generosa casa los huéspedes disponen de cinco bibliotecas. La primera se encuentra en el vestíbulo. Se extiende por sobre la pared izquierda de la escalera y sobre una galería. Todos

son autores suizos en todas las lenguas oficiales del país, por ejemplo, Cla Biert y Leta Semadeni en romanche, Yves Laplace en francés, Andrea Fazoli en italiano o Lukas Bärfuss en alemán. Otra parte de esta biblioteca está en la sala, ahí se hallan todos los libros en alemán.

En la pared a la entrada de la casa están, en dos librerías, las traducciones que han sido elaboradas por traductores residentes, la Colección Looren. No hay mil ejemplares en esa biblioteca. Algunas traducciones no se publicaron, y a veces las y los traductores no mandaron ningún ejemplar. Uno se asombra al ver la diversidad de obras y de idiomas, por ejemplo, se puede encontrar *El juego de los abalorios*, de Herman Hesse, en albanés. O los relatos de Franz Hohler en hindi.

La tercera biblioteca ostenta una diversidad similar. En el piso inferior están los diccionarios. Es increíble cuántos idiomas hay, por ejemplo: polaco-francés, farsi-inglés y francés, alemán-coreano, hindi-inglés, islandés-italiano, yiddish-francés. El acervo crece continuamente. Recién acaban de llegar tres paquetes con diccionarios de Rumania. También en el piso inferior está la cuarta biblioteca, alojada en dos estantes móviles, muchos libros de referencia y de divulgación. La mayoría está en alemán, pero también en francés e inglés.

Por último, la quinta biblioteca está en la sala: algunos volúmenes de la editorial Albert Züst. La casa es, en el sentido más estricto del término, una casa de libros. Los acervos siguen creciendo cada vez más, de modo que hay una escasez de lugar. Ya hay arquitectos planeando la ampliación de los lugares donde se han de guardar los libros.

Todos los huéspedes deben dominar alguna de las lenguas oficiales de Suiza, o inglés o ruso, para que quienes trabajan en las oficinas en Looren pueden comunicarse con ellos, pero también los huéspedes entre sí. De cualquier manera, de cuando en cuando se da una situación en la que no hay una lengua común. Claudia Cabrera lo vivió durante su primera estadía en Looren. Ella habla español, alemán e inglés, otros huéspedes sólo francés o ruso.

Este problema no lo hay en la fiesta en honor de Claudia Cabrera. Todos entienden y hablan inglés. Y todos se están divirtiendo de lo lindo. Las latinas están en su elemento. Cuentan de manera impetuosa sus experiencias. Para todos fue una buena época. Buscan un texto que resuma su estancia aquí. Entonces se les ocurren, por ejemplo, “Peso y poesía”, o “Weight and Wisdom”. Y es que, temen, de peso subieron todas. Esto ha sido culpa de la buena cocina. Normalmente cada quien se ocupa de preparar su comida. Quizá experimentaron con algo de lo que se encuentra bajo la mesa del comedor: libros de cocina, revistas con recetas. Una vez por semana el encargado de la casa, Marco Rüegg, cocina para todos. Prepara platos suizos,

pero también platillos extranjeros, con ayuda de los huéspedes. Siempre sabían a gloria, afirman.

Casa de Traductores Looren

Looren 1

8342 Wernetshausen

T: +41 (0)43 843 12 43

www.looren.net